

96

grafías de  
La LLama  
carmen Ana PONT

## RODEOS

Deshojemos  
la cebolla  
deshagamos  
su espesa y carnosa materia  
hecha de gruesos mantos y finas láminas.

Veamos  
qué nos aguarda  
detrás  
de su lloroso centro  
hecho  
de otros centros.

Qué palabra  
qué sentimiento  
le darán apoyo  
a este crujir repetido  
desvestido  
de voces y  
cáscaras  
verdes y blancas  
que van rodeando nuestras manos aromáticas  
prendiéndose a  
las lágrimas de piel,  
Que lentamente se nos van cayendo.

Desnudemos los rizos líquidos del lenguaje  
a través de los arcos cartilagosos de la oreja  
descendamos por sus espirales  
de carne y recuerdo  
hasta saborear  
al fin  
el aliento compartido que nos queda.

Guardemos siempre  
el secreto sabor del silencio  
como un dulce murmullo  
sostenido  
en el misterio  
de la punta musical  
de  
nuestra lengua.

## MARICASTAÑA

(DIOSA DEL TIEMPO SEGÚN MARIANO PICÓN SALAS)

Maricastaña

diosa del polvo  
de yaguas viejas  
de cucarachas

Diosa de mancha color café  
de fotos carcomidas y dobladas.  
Enciendes el rizo  
envuelto en lino irlandés,  
y despegas de tus garras de papel  
la prensada esencia de tus  
flores secas.

Maricastaña,  
te paseas inmortal  
entre muertos y canas,  
entre cartas de tinta borrosa y firmas desvencijadas.

Hueles a lata de galletas danesas,  
Maricastaña,  
a esquelas y a misales de nácar,  
a páginas amarillas, a polilla,  
a mantillas olvidadas.

De vez en cuando, entierras tu colmillo de leche  
en pañuelos de seda importada.  
Y dibujas cuernos de tinta  
sobre  
desconocidos con melenas engominadas.

Maricastaña, diosa todopoderosa de tostados hilos y encajes,  
prima lejana de Jano  
mirándome de frente, por detrás y por los lados,  
teje, que teje tu telaraña de años  
entre las paredes de los áticos.

Defiende los baúles,  
y esconde la llave de tus arcas,  
enmohece cerraduras,  
clausura ventanas,  
desata aromas y fantasmas  
saca tu traje de bodas con la nada  
desvanécete entre nombre, fechas y palabras.

## UN NOVIEMBRE, EN MONTRÉAL

Al fin encuentras el lugar  
después de varias líneas de metro,  
después de mapas,  
de dedos apuntando nombres  
y calles erradas.

Sin brújula, al fin llegas.  
Entras, porque hay que recomenzar.  
Hay que amueblar cada vez la reciente soledad.

Recorres el camino ya tantas veces transitado,  
en diferentes ciudades, en otros planos repetido,  
ya tantas veces el mismo.

Abrigos. Guantes. Zapatos. Sombreros.  
Todo extraordinariamente pequeño.  
La vejez encoge viejas, te dices.

Uno a uno te mides los diminutos sombreros.  
Echas un vistazo con miedo  
y ya te observa el espejo con su fantasmal séquito.

Pliegas las rodillas para verte.  
Todo calculado, todo más bajo,  
a la medida  
de máscaras  
que adornaron  
cabezas que ya no existen.

Al ceder sobre tu pelo  
Esa corona de piel redonda  
De algún animal  
-también hace años desaparecido-  
en algún lugar del Je me souviens  
te salen arrugas, arrugas profundas  
como precipicios.

Envejeces al instante  
en un abrir de ojos sin cerrar  
a tu tez le salen pentagramas,  
pálidas rutas, grietas, desvíos  
y de repente se secan los racimos  
de las uvas que delatan tu verdadera edad.

Meandros y surcos  
se esculpen súbitamente en tu cara  
y van invadiendo tu cabello

